

**Roberto Paine**

## **CAPÍTULO DE CULPAS**

No puedo caminar sobre las aguas;  
ni aún cuando esplenden, serenísimas  
bajo el cielo de América  
e invitan a posarse en sus espejos.  
Me alejé de aquel ciego impertinente  
que en Humahuaca reclamaba ayuda,  
simplemente un milagro  
de rutina, una ráfaga de luz;  
aunque hubiera bastado sólo un gesto infalible  
-bendecirle los párpados gredosos-  
para que recobrara para siempre  
la Quebrada, es decir, el Paraíso.  
Evité a los hambrientos  
para ponerme a salvo de esa incómoda peste;  
y pretendí aplacar  
la sed de mis hermanos con largas homilías.  
Cometí, lo confieso, innumerables  
actos protocolares;  
brindé por la justicia y por la paz  
junto a los opresores y los déspotas.  
Violé palabras, sacras y profanas;  
improvisé argumentos  
para no dilatar entre los hombres  
la Buena Nueva, el pan fragante.  
Intenté con mi fe mover montañas  
en condiciones favorables, óptimas,  
y ni un solo guijarro conmovióse.  
En fin: labré una cruz decorativa  
desde la cual no quise  
perdonar a mis pocos enemigos,  
dispuestos por su parte a perdonarme.  
Quizás también mi Dios me absuelva, hermanos;  
no por amor ni por misericordia:  
por infinito tedio, por cansancio,  
por tolerable distracción celeste.

## EL AMOR

Aquí, en el ecuador del corazón,  
en el radiante origen del latido,  
en los dulces zarpazos que mi sangre  
lanza desde una selva misteriosa;

búscate aquí, bajo mi piel caliente,  
para saber si existes y deseas;  
huye de tus espejos y contéplame  
si quieres ver tu plenitud desnuda.

Amor, amor, cerciérate en mi pulso,  
compruébate celeste entre mis venas,  
mide en mi frente tu temperatura.

Y cuando adviertas que me desmorono,  
tócame el hueso frío, la ceniza,  
para saber cómo será tu muerte.

## EL CAOS

Miradnos: somos hijos  
del caos, somos afluentes  
de una remota tempestad, de un río  
que se muerde las márgenes, furioso;  
manamos del desorden, descendemos  
con temor y temblor de una vasta hecatombe,  
de aludes, de lentísimas serpientes,  
de antiguas estridencias sin sentido.

Quién de nosotros se alimenta  
de la Ley todavía?  
Quién la lleva posada sobre el pecho  
como una dulce, persuasiva tórtola?  
Quién soporta tediosas jerarquías,  
se apacienta de paz, se circunscribe,  
cuida el aceite de su propia lámpara,  
acata la parcela que le otorgan?

Oh vivir, desmesura!  
Oh calientes imágenes terrestres,  
jadeante paraíso!

Miradnos, si: criaturas  
que vocifera el caos, atravesamos  
los días y las noches en órbitas llameantes,  
viviendo a borbotones, engendrando  
desde bodas malditas, desgarrando en la noche  
como panteras sin grandeza  
para cumplir las leyes del desorden:  
las órdenes del caos.  
Mirad las violaciones sin medida,  
la proliferación de los delirios,  
los refinados cismas del deseo.

Recordad solamente  
las músicas que hollamos, las esferas,  
tanta serenidad desatendida.  
Y oíd también a nuestros muertos,  
oídlos evadirse del reposo,  
persistir en sus álgebras insanas,  
mientras roen sin pausa el largo hueso  
de una terrible eternidad.

A plena luz, sabiéndonos perdidos,  
miradnos: somos hijos  
de un antiguo alarido, primogénitos  
de una remota disonancia.  
Mirad, mirad, mirad cómo cumplimos  
el mandato monótono del caos:  
devorarnos los unos a los otros.